

La bronca del Pub Lennon

La bronca de la pasada noche en el Pub Lennon, comenzó por culpa de una broma sobre una frase de la película de Casablanca, aquella que protagonizó Humphrey Bogart y la guapísima Ingrid Bergman, y que ha pasado a la historia del celuloide. Concretamente, la pelea vino por la escena del piano, cuando al pianista, tras haber tocado una bonita canción, Bogart le dice que la toque otra vez. Y lo dijo así: “Tócala, San, tócala otra vez”.

La áspera bronca, como todo el mundo sabe, terminó con unas serias *mojadas* de navaja albaceteña, por lo que tuvo que venir la ambulancia y la guardia civil. La ambulancia, con el grito de su sirena y sus luces destellantes; la guardia civil, con su bigote, su autoridad, su tricornio y sus galones. También, hubo que fregar el suelo del Pub, pues la sangre, tan escandalosa como siempre, salpicó suelo, paredes y mostrador, dejando todo perdido. Con la limpieza de la escandalosa roja, todos los presentes tuvieron que declarar lo qué había ocurrido. Según los del tricornio luto, lo sucedido era un crimen y tenía que ir a las manos de un juez. Ya diría su señoría.

Al día siguiente, llegaron a decir que todo había sido una broma pesada, pero viendo el calado del asunto, yo diría que, más que broma pesada, fue una broma mortal. Muerte no hubo, cierto, pero intenciones sobraron. De momento, a Julio, *El Novillero* le ingresaron en la UCI, con pronóstico reservado. Y allí está, esperando resolución divina: o vida o muerte. Allí está, y... Para estar. Y al Chocolate, esposado, le metieron en el calabozo, y espera a pasar a disposición judicial. Ya dirá su señoría, pero todo el asunto canta a que se va al *caldero* una temporada. Me da que tiene para un rato: cuchara y cama en el talego.

Como me lo contaron, un poco novelado por mi imaginación, lo voy a contar. Se dicen que eran las tres y

media de la madrugada, una hora de las llamadas “tempestivas”, donde todos los gatos son pardos, la luna es un queso de bola y la gente que pulula a dichas horas, lo hace en otra dimensión mental. Es decir: mentalmente, no está como el ejecutivo que a las ocho de la mañana va al banco, a trabajar, o como el barrendero que, cumpliendo con su servicio durante toda la noche, se va a la cama. No.

Bueno... Por donde iba: eran las tres y media de la mañana, una hora tempestiva, donde todos los gatos son pardos y la luna se confunde con un queso de bola. Ya lo dijo el Joaquín Sabina, ese que canta, en una entrevista: *“Si a las tres de la madrugada entró al baño de un bar y veo meando a un tipo, lo único que puedo pensar es que es otro golfo como yo”*. Tiene toda la razón el muy bendito, a esas horas, solo los golfos andan por los bares. Y en el Pub Lennon, la noche de marras, había cinco personas: el Chocolate, el Martínez, Paco, el Verdades, Julio, el Novillero, y Tony, que andaba tras la barra, sirviendo y aguantando al personal. Y esa noche, ciertamente sí que tuvo que aguantar.

El Chocolate y el Martínez estaban colocados en un extremo de la barra, pegándole al JB, con hielo y agua. Al parecer, habían andado de papeo en la bodega esa tan famosa, y tenían ganas de seguir la fiesta. Al Tony, el camarero, le largaron que le dieron muela y mandíbula a una cazuela de callos, a otra de pulpo y a una chuleta de ternera con patatas. Para tragar los bocados, se ventilaron una botellita de Rivera de Duero. Luego, tras el postre, para ayudar la digestión: JB, con hielo y agua. El Chocolate lo había dicho muchas veces: “El whisky, con hielo; la penas, con Visa; la gripe, con analgésicos; Y la muerte, con extremaunción y con santos sacramentos. Amén”.

En la otra punta de la barra, estaban Paco, el Verdades, y Julio, el Novillero, bebiendo botellines de cerveza, uno tras otro. Según largaron al Tony, el camarero, llevaban desde las siete y media tomando cervezas y comiendo pinchos por diversos bares bañezanos. Sumé las horas cerveceras de la pareja dicha, y sumaban ocho. Que yo sepa, ocho horas es lo que dura la mayoría de las jornadas laborables. Es decir: las horas de una jornada de trabajo, tomando cerveza. ¡Puff...! Me

da que en ocho horas se puede beber mucha cerveza.

Como ya he dicho, el Chocolate y el Martínez, en una esquina de la barra, soplaban JB con hielo y agua y, dicho de paso, el Martínez canturreaba una canción de Eduardo Aute. Puestos a decir, hay quien dijo que la canción que el Martínez cantaba era la de Al alba, mientras que otros mencionaban diferente título. Bien... El Chocolate, tomándose el mostrador por un imaginario piano, emocionalmente acunado por la canción que se cantaba el Martínez y el sopor de las copas, pulsó los dedos de sus manos e hizo como que acompañaba a la voz del vocalista.

Desde la otra punta de la barra, la imaginaria verbena de la pareja era seguida, y escuchada, por Paco, el Verdades, y Julio, el Novillero, que por la mucha cerveza que llevaban en la barriga, estaban vacilones y... Faltones.

Cuando el Martínez terminó de cantar el tema, rompió a reír con su amigo, el Chocolate, que andaba de imaginario pianista. Y entre risas, fue cuando el Martínez le dijo la célebre frase de la película Casablanca, aquella que Bogart le dice al pianista de su café: "Tócala otra vez, Sam".

Como ya he dicho, Julio, el Novillero, y Paco, el Verdades, andaban vacilones y faltones, y fue cuando el Novillero se dirigió al Chocolate y, con mucha sorna, le gritó:

—¡Tócamela otra vez, Sam, tócamela, que me da mucho gustito!

Al decirlo, en un gesto obsceno, se tocó ahí, en sus partes varoniles.

Bien... Ese trastoque en la frasecita, trastoque cargado de guasa y... A mí me parece que de maldad, no sentó nada bien al imaginario pianista, y encarándose a él, con voz en cuello, le gritó:

— ¿Y por qué no te lo toca tu puta madre? ¿Eh? Podría ser, pues tu madre, puesta a tocar, creo que tocó a todo el mundo.

Tony, el camarero, como pudo y supo, trató de calmar la tormenta que se avecinaba, pero no pudo. Al final, los truenos y granizó cayó en el Pub Lennon, salpicándolo de sangre.

Al final, Julio, el Novillero, quedó herido de navaja, y

el Chocolate, esposado, entró en comisaría. Sí, las tres y media de la mañana es una hora intempestiva, donde todos los gatos son pardos y la luna se confunde con un queso de bola. A esas horas, la gente va en otra dimensión mental. Ya lo dijo el Sabina, ese que canta, en una entrevista.